

Ya hemos dicho que el día último de noviembre el general Howe publicó una proclama invitando al pueblo á que se sometiese al gobierno británico, y prometiéndole protección tanto para las personas como para las propiedades; y ahora debemos añadir que muchos americanos, entre ellos José Galloway, que era miembro del Congreso de Pennsylvania en 1774, abandonaron su país para unirse á los ingleses. El 25 de enero de 1777, antes de terminarse los sesenta días prefijados por Howe, y en virtud de los poderes extraordinarios que se le habían conferido, Washington circuló otra proclama en la cual disponía que todos aquellos que hubiesen aceptado la proposición de los comisionados británicos, pero que sin embargo desearan más bien aliarse con los Estados- Unidos, deberían presentarse en los cuarteles del ejército continental para prestar el debido juramento, quedando en libertad de retirarse con sus familias los que prefiriesen la protección de la Gran Bretaña á las libertades y felicidad de su país. Washington añadía que aquellos que no cumplieran con esta orden en el término de un mes, á contar desde la fecha de la proclama, serían considerados como partidarios del rey de la Gran Bretaña, tratándoseles por lo tanto como enemigos de los Estados de América (*).

La proclama de Washington fué á no dudarlo asaz oportuna y produjo muy buen efecto. Intimidados por el mal aspecto que iban tomando los asuntos en América, cuando Washington se retiró á Pennsylvania, un

(*) Mr. Curtis observa que la legislatura de Nueva-Jersey se mostró dispuesta á quejarse de esta medida de Washington que calificó como una violación de sus derechos y soberanía. Uno de los delegados del Congreso de dicha colonia llegó hasta el punto de declarar que semejante medida era improcedente. Este es un curioso ejemplo de la celosa envidia que inspiraba la autoridad del gobierno federal.

gran número de habitantes de Jersey, considerando su causa perdida, juzgaron prudente someterse á la autoridad británica, pero luego se vieron completamente chasqueados porque en vez de protección solo recibieron insultos de una licenciosa é insolente soldadesca. Entonces sus pasiones se exasperaron, sintieron renacer en sus pechos la sed de la venganza, y se prepararon á tomarla de las tropas británicas, para lo cual resolvieron unirse á la bandera de su país con más resolución y energía de la que nunca sintieron hasta entonces.

Considerando cuál había sido el resultado de las operaciones de Washington en la campaña, hacía evidente que durante ella desplegó una energía sin ejemplo, dando pruebas de ser un consumado general, y esto produjo el más favorable efecto en todo el país. «Tan arriesgadas y admirables empresas, según dice Botta, coronaron de gloria al capitán general de los Estados- Unidos y todas las naciones participaron del asombro de los americanos, aplaudiendo igualmente la prudencia, la constancia y la noble intrepidez del general Washington. Un grito unánime le proclamó como el salvador de su país; todos le compararon con los más célebres guerreros de la antigüedad; todos le proclamaron como el FABIO DE AMÉRICA; su nombre estaba en boca de todos; los más distinguidos escritores le ensalzaron á porfía, y los más ilustres personajes de Europa lo elogiaron con entusiasmo. El general americano no necesitaba ya una causa que defender, ni ocasión para adquirir gloria, ni genio para elevarse, ni la fama que merecían sus triunfos, ni una generación de hombres que le rindiere homenaje (*).

Una de las más tristes consecuencias de

(*) *Historia de la guerra de la Independencia*, por Botta, vol. II, pág. 227.

la guerra es que esta da lugar generalmente á que se cometan deplorables excesos y violaciones sin número, hijas de las más brutales pasiones. Cuando el ejército real entró en Jerseys, los habitantes permanecían siempre dentro de sus casas, donde recibían muchas veces las proclamas de los comisionados; pero esto no impidió que muchos fuesen víctimas del saqueo y de los insultos, viendo con frecuencia destruidas sus propiedades sin distinción de personas. Los habitantes enseñaban sus cartas de seguridad, pero los soldados de Hesse no sabían ni querían leerlas, y por su parte los ingleses creíanse con derecho á participar del botín. El general Heister se constituyó en jefe de los que se dedicaban al saqueo, y él mismo puso á venta pública la casa en que vivía en Nueva-York, aun cuando no era propiedad suya, sino de una persona respetable que se la cedió temporalmente. Los bienes de los que estaban prisioneros fueron vendidos en pública subasta; los oficiales ingleses hicieron propiedad suya los carruajes de las personas más acomodadas, y aun cuando aumentaban las murmuraciones por los escandalosos abusos de la soldadesca, permitíase vergonzosamente que continuara el pillaje. No se miraba ni la edad ni el sexo; hombres, mujeres y niños quedaron materialmente en camisa sin tener nada con que cubrirse, ni una manta siquiera para resguardarse del riguroso frío de aquel invierno; todos los muebles se destruyeron y quemaron; hiciéronse pedazos las puertas y ventanas, y en una palabra, las casas quedaron inhabitables y sin provisiones, pues los soldados se llevaron los caballos, las vacas, las gallinas y todo en fin cuanto les cayó bajo las manos. El cuerpo de ejército que se hallaba cerca de Pennytown cometió semejantes depredaciones y abusos, y entre ellos citase el de diez y seis

jóvenes que huyeron á los bosques para no ser víctimas de la brutalidad de los soldados, los cuales se apoderaron luego de ellas para llevar á cabo sus infames designios.

Todos estos horrores dieron lugar á que se elevaran quejas en todos los puntos de América, quejas que hallaron eco hasta en Europa, principalmente entre los franceses, quienes prescindiendo de que fuesen partidarios de América y enemigos de Inglaterra, se distinguían siempre por sus sentimientos humanitarios. En todas partes se alzó un grito unánime para acusar al gobierno inglés de haber resucitado en el Nuevo Mundo el vandalismo de los godos y la barbarie de las hordas del Norte, pero todo aquello fué seguramente más fatal para los autores que para las víctimas, pues los pocos amigos que aun conservaba Inglaterra convirtiéronse en enemigos sedientos de venganza.

Todos los ciudadanos sin distinción de clases corrieron á las armas con rabiosa furia para arrojar de su territorio á los que ellos llamaban infames ladrones, y de aquí resultó que los excesos del ejército real fueron á no dudarlo más perjudiciales para la causa de los ingleses que los esfuerzos de Washington ó las resoluciones del Congreso. Si el general Howe y los que estaban bajo sus órdenes hubieran observado la misma conducta que Carleton en el Canadá, tratando bondadosamente y de una manera caballerosa tanto á los prisioneros como al pueblo en general, es muy probable que todos aquellos que solo para atender á su propia defensa se habían alistado bajo las banderas de Washington habrían permanecido, cuando menos neutrales, caso de no tomar las armas en favor del rey.

Un sentimiento de justicia nos obliga á consignar aquí que no fueron solo los soldados ingleses los que cometieron excesos de

toda especie. El afán del pillaje y del saqueo contaminó también á los americanos, quienes asaltaron las casas de los pobres habitantes de Nueva-Jersey bajo el pretexto de que pertenecían á los realistas, llegando el caso de que los mismos oficiales diesen el ejemplo á sus soldados. De aquí resultó que las víctimas eran saqueadas por las tropas de Hesse y los ingleses, que les acusaban de ser rebeldes al rey, en tanto que por otra parte hacían lo mismo los americanos, fundándose en que eran adictos al monarca. Pero aquellos excesos llegaron á escitar tanto la indignación pública, que Washington, que deploraba hondamente semejantes actos, se vió precisado á publicar una proclama imponiendo las más severas penas á los perpetradores de tales enormidades (*).

A fin de que se tenga una idea de los sufrimientos y penalidades á que se hallaban sujetos los prisioneros durante aquella guerra, reproducimos aquí un párrafo de la Historia de Gordon, obra de indisputable mérito. «En el mes de enero, dice 1777. Gordon (**), el general Howe mandó poner en libertad á los prisioneros que tenía en Nueva-York, y por ellos se supo cuánto padecieron durante su cautividad. La guarnición del fuerte Washington capituló en 16 de noviembre, entregándose al general Howe, con la condición que se considerase á los soldados como prisioneros de guerra y

(*) En la orden general, publicada entonces, se decía lo siguiente: «El general prohíbe de la manera más terminante tanto á la milicia como á las tropas continentales que se permitan saquear las casas de los habitantes bajo el especioso pretexto de que son Tories. Deber nuestro es proteger y auxiliar á los que se hallan perseguidos, en vez de aumentar sus miserias. Aquel que en lo sucesivo infringiera la presente orden será castigado severamente, y para que esto llegue á conocimiento de todos, el comandante de cada división se proveerá de una copia de esta orden para que se circulen inmediatamente otras á las tropas.

(**) *Historia de la Revolución americana*, vol. II, páginas 173-5.

que los oficiales conservaran sus armas y bagajes, cuyos artículos se firmaron y publicaron luego en los periódicos de Nueva-York. Poco después el Mayor Otho Holland Williams del regimiento de tiradores de Rawlings cayó prisionero en un encuentro y pronto pudo conocer por la altanería de los oficiales y la insolencia de la soldadesca del ejército británico que no se le trataría muy bien, pues á muchos oficiales americanos les robaron los bagajes, las espadas y los sombreros y se les insultó groseramente. Al tercer día de hallarse preso, el Mayor fué enviado con tres de sus compañeros á bordo del *Baltic-Merchant*, especie de hospital ambulante que se hallaba entonces en el Sound, donde apenas hubiera tenido que comer á no ser porque un marinero, compadecido de su desgracia, le cedió parte de su ración. A los cuatro días el Mayor y sus tres compañeros llamados Rawlings, Hanson y McIntire, que por cierto estaban heridos, fueron llevados en un carro á la ciudad de Nueva-York, donde se les paseó por las calles para que sirviesen de escarnio, conduciéndolos luego á una especie de establo lleno de inmundicia situado en Hampden Hall, cerca de Bridewell, donde al fin se les permitió descansar de las fatigas que venían sufriendo diariamente. El Mayor y sus compañeros recibieron en la noche de aquel día algunos víveres, pero tan escasos y de tan mala calidad que apenas se podían comer, y poco después supieron que la ración diaria de cada uno se componía de seis onzas de tocino, una libra de bizcocho y una corta cantidad de carbon á la semana, aun cuando el frío era muy riguroso, lo cual aumentaba los padecimientos de los desgraciados cautivos. Los oficiales se veían insultados con frecuencia, y hasta llegó el caso de que les pegaran por tratar de socorrer á sus compañeros. Al

cabo de tres semanas el Mayor pudo ya andar y fué testigo de la estremada miseria de sus conciudadanos, muchos de los cuales, no pudiendo sufrir tan riguroso tratamiento, hallaron en la muerte el fin de sus penalidades. No era fácil averiguar cuántos perecían, pero según sus observaciones y lo que oyó decir á varios oficiales, opinó el Mayor que en muy pocas semanas murieron unos quinientos prisioneros en la ciudad de Nueva-York, debiéndose principalmente esta espantosa mortandad á la falta de víveres y al excesivo frío. Cuando el comisario del rey manifestó á varios oficiales americanos que el general Howe tenía intención de ponerlos en libertad bajo palabra, todos se apresuraron á manifestar que aquel era su mayor deseo y firmaron una solicitud pidiéndolo, pues no se les ocultaba cuál sería el resultado de permanecer más tiempo en aquella situación. En prueba de ello baste decir que al poco tiempo murieron muchos de los que se habían ido, y por esto sin duda todos los oficiales fueron enviados en el mes de enero á Long-Island, bajo palabra, á fin de mejorar su triste condición.

En cierta iglesia, donde se habían encerrado algunos prisioneros, encontráronse un día siete cadáveres, debiéndose esto sin duda á que el alimento que se daba á los pobres cautivos no era suficiente para conservar la vida, pues ni aun el pan se podía comer por su mala calidad. En medio de tantos sufrimientos fué admirable la firmeza de aquellos prisioneros, pues preferían la muerte más bien que alistarse en el ejército británico. Después de la victoria obtenida por Washington en Jerseys, cesó algún tanto la malevolencia y crueldad de los realistas, y se dispuso canjear los prisioneros que aun existían, pero muchos de ellos cayeron muertos en las calles cuando se dirigían á los

buques. El general Washington escribió al general Howe á principios del mes de abril, diciéndole lo siguiente: «El cruel tratamiento que habeis dado á vuestros prisioneros no puede justificarse en manera alguna á juzgar por el testimonio de los que obtuvieron la libertad. Su aspecto solo, revelaba cuántos habían sido sus padecimientos, y ya que no esto, la muerte de muchos bastaría para corroborar mi aserto.»

Dejaremos aquí la narración de estos detalles de las miserias de la guerra para hablar de otros acontecimientos ocurridos durante aquel año de penosas pruebas.

A principios de 1777 dispuso Washington que se vacunara á todo el ejército, pues la viruela había causado grandes estragos entre las tropas, cuya operación se hizo con el mayor secreto y lo más cuidadosamente posible, ordenándose luego á los médicos del hospital de Philadelphia que inoculasen á cuantos soldados pasaran por allí para reunirse con el ejército. En todos los puntos donde había tropas se tomaron las mismas precauciones, y de este modo se libró al ejército de una epidemia que á no dudarlo hubiera influido materialmente en el éxito de la próxima campaña. Semejante medida fué también un beneficio para toda la población porque se hizo general la operación de la vacuna, y poco á poco la enfermedad variolosa desapareció casi por completo.

En la esperanza de que podría hacerse algo en Nueva-York, Washington mandó al general Heath, que se hallaba en Highlands, que se dirigiese hacia la ciudad con un numeroso cuerpo de ejército. Hizolo así Heath, y presentándose ante el fuerte Independencia intimó orgullosamente á la guarnición á que se rindiese, amenazándola con pomposas frases; pero el enemigo no se intimidó por esto, y el jefe americano tuvo que retirarse

al cabo de unos días sin hacer nada, y esponiéndose al ridículo por no haber acompañado con hechos sus palabras (*).

En vista de los planes probables de Howe para la campaña próxima, Washington no sabía qué medidas tomar para hacer frente á su enemigo con alguna probabilidad de éxito, pues sus fuerzas se hallaban muy reducidas; el pernicioso sistema de alistamientos iba produciendo siempre efectos desastrosos, y aun no podían dar su resultado las resoluciones tomadas por el Congreso respecto á la nueva organizacion del ejército. La enojosa cuestion de los grados y la eleccion de oficiales, así como las rudas pruebas por que habia que pasar por ser entonces el servicio muy penoso, puesto que las tropas tenían que sufrir con frecuencia el hambre y el frio, hacia muy difícil llenar las bajas que iban ocurriendo. Por estas razones el comandante en jefe recomendó diariamente con la mayor eficacia á los Estados que apresurasen el alistamiento cuanto les fuese posible á fin de hallarse preparado cuando se rompieran las hostilidades á principios de la primavera (**).

En tanto que le llegaban refuerzos de Inglaterra, Howe envió una expedicion á Peekskill para que se apoderase de los almacenes militares de los americanos, y mucho sentimos decir que á causa de la corta fuerza que guardaba aquel punto y de lo imprevisible del ataque consiguieron los enemigos su objeto. Poco despues, á fines de 1777. abril, dirigióse una segunda expedicion, compuesta de dos mil hombres, al mando del gobernador Tryon, á la frontera

(*) *Vida de Washington*, por Irving, vol. II, pág. 514.

(**) En febrero de este año resolvió el Congreso que la bandera de los trece Estados-Unidos se compusiese de trece tiras de tela encarnada y blanca alternadas entre sí, y que la union se figurase con trece estrellas blancas en campo azul, representando una nueva constelacion.

de Connecticut, y cayó sobre Dambury con el objeto de destruir otros almacenes que tenia allí el ejército americano. La milicia de aquel Estado se batió valerosamente con el enemigo, mas no pudo impedir que éste consiguiese su objeto y se apoderara de todos los efectos militares, entre los que habia mas de mil tiendas de campaña muy necesarias entonces para los americanos. El bravo general Wooster tomó tambien parte en la lucha aunque tenia ya setenta y siete años, pero cayó mortalmente herido para no volverse á levantar. Arnold que se hallaba cerca del lugar del combate, se situó luego en Ridgefield para disputar el paso á los ingleses, pero tuvo que ceder ante estos despues de un reñido combate en el cual quedó herido. Las tropas británicas llegaron á poco á Nueva-York, no sin haber quemado y destruido con una especie de salvaje frenesí todo cuanto encontraron al paso.

Deseando tambien los americanos probar suerte en aquella clase de expediciones, proyectóse en Connecticut un atrevido plan que tenia por objeto tomar la revancha del enemigo en Long-Island, á consecuencia de haberse averiguado que los ingleses habian reunido en Sagg Harbor considerables cantidades de forraje, grano y otros varios artículos necesarios para las tropas. Aquel punto, segun se dijo, solo estaba defendido por un destacamento de infantería y un bergantin de doce cañones, pues los ingleses se creian suficientemente protegidos con los demás buques de guerra que cruzaban el Sound, no creyendo por otra parte posible que el enemigo se atreviese á intentar nada sobre Long-Island. Pero á los americanos no les intimidaban los obstáculos, y habiendo resuelto sorprender á Sagg Harbor, el coronel Meigs, uno de los mas intrépidos compañeros de Arnold en la expedicion del

Canadá, cruzó el Sound con tanta rapidez como destreza y llegó antes de romper el día al sitio donde estaban situados los almacenes. A pesar de la resistencia de la guarnicion y las tripulaciones de los buques, Meigs quemó una docena de estos que se hallaban en el muelle, destruyendo todo cuanto encontró al paso. Conseguido el objeto de la expedicion, el coronel volvió sin experimentar pérdida alguna á Guilford, en Connecticut, llevando consigo muchos prisioneros. Los americanos dieron pruebas de su humanidad en aquella expedicion, pues se abstuvieron del saqueo y aun permitieron á los prisioneros que conservaran cuanto les pertenecia. El Congreso regaló con este motivo una espada al coronel Meigs, dándole públicamente gracias, así como tambien á sus bravos compañeros por el servicio que acababan de prestar.

Parece que los planes del general Howe para empezar la campaña estaban perfectamente calculados, y de haber tenido suficientes tropas y obrado con prontitud y vigor, es muy probable que habria obtenido un éxito completo; pero Howe no contaba con bastantes refuerzos, y aunque ya entraba la primavera, permaneció en una inesplicable inaccion. Esta circunstancia favoreció á Washington, que poco á poco iba llenando las bajas; mas no habiendo conseguido penetrar los designios de Howe, ocupábase asiduamente en adquirir noticias á fin de averiguar qué punto atacaria primeramente el general británico. En aquella incertidumbre Washington tomó las medidas que le parecieron mas oportunas, disponiendo que las tropas procedentes de las provincias del Norte se estacionaran en Ticonderoga y Peekskill y que las del Sur ocupasen á Nueva-Jersey, dejando luego algunas fuerzas para proteger la parte del Oeste.

De este modo, si el general Howe marchaba sobre Philadelphia, encontraria de frente todas las fuerzas reunidas en Nueva-Jersey, sin contar las acampadas en Peekskill, que podrian atacar al enemigo por el flanco derecho; si por el contrario se encaminaba hácia Albania, las mismas tropas podrian defender los pasos, en tanto que las de Nueva-Jersey, situadas en las orillas del Hudson, atacaban el flanco izquierdo. Dado el caso de que las fuerzas inglesas del Canadá llegasen por mar para reunirse con las del general Howe en las playas de Nueva-Jersey, las tropas de Peekskill debian unirse inmediatamente con las que ocupaban dicha provincia, componiendo así un formidable ejército para la defensa de Philadelphia. Por último, si el ejército del Canadá atacaba á Ticonderoga, las tropas de Peekskill podrian socorrer á las que estuviesen encargadas de la defensa de la fortaleza; mas como era muy importante para los Estados-Unidos conservar á Philadelphia, el Congreso dispuso la formacion de un campamento en la orilla oeste del Delaware con el doble objeto de recibir allí las tropas que llegasen de diferentes puntos y mantener una reserva por si acaso llegaba á necesitarse. En aquel punto debian reunirse tambien todos los reclutas de Pennsylvania, reforzados por varios regimientos de tropas continentales. Arnold que se hallaba entonces en Philadelphia, fué nombrado jefe del citado campamento.

Habiendo recibido Washington una remesa de veinte y cuatro mil mosquetes 1777. que se acababan de traer de Francia, abandonó á Morristown, y hácia fines de mayo ocupó una fuerte posicion en Middlebrood, á nueve millas de Nueva-Brunswick. El día 13 de junio el general Howe salió de este último punto ostensiblemente con la